

DE VIROVESCA A MILO

“Gárgola Silente”

Yo, Lucio Cártamo, hijo de Eudemos y ciudadano de Milo. Fui a Hispania abandonando mi incierto porvenir de escultor y confiado en que, en este país, tan famoso por sus riquezas y su hermosura, traerían sobre mí la satisfacción de emociones que me arrastraban hacia lo desconocido.

Aprovechando mis conocimientos de agrimensor, me concerté con Lucio Apio, un “curator viarium” de Roma que estaba construyendo el tramo entre Virovesca y Segisamunculum de la calzada de “Italia in Hispanias”. Así, con mi “Mediolanum” a cuestas, fui alineando el terreno, y colocando miliarios, mientras comprobaba cómo crecía la calzada por medio de una correcta colocación del “statumem”, el “rudus”, el “nudeus” y el “pavimentum”.

En esta comarca perteneciente a los Autrigones yo esperaba tener una vida de aventuras peligrosas, pero me equivoqué; porque los autrigones desarrollan una formalidad en el vivir que para sí la quisieran en todo el Imperio. Hospedado en una “mansio” de Virovesca, comprobé como sus habitantes son hospitalarios y corteses en sumo grado, confiadísimos y generosos; pero es, mientras no se les falta al respeto en cosa alguna pues aún la mentira más inocente la reputan agravio, y por las malas, no hay peores enemigos.

Una vez que me supe desenvolver en su lengua, hice buenos amigos a los que acompañaba en los plenilunios a velar una noche entera cantando y bailando en corros para honrar a sus divinidades. Me enseñaron a hacer piezas fundidas y a martillo para el atavío de ellos, que son muy aficionados a engalanarse y resultan bizarros en sumo grado. Su saber principal consiste en la forja del hierro y en templarlo, de modo que obtienen armas de una dureza sin igual, y el secreto para ello es tenerlas metidas durante mucho tiempo en estiércol al aire; además las adornan con cinceladuras e incluso hilos de plata. Poseen un filo enorme y curvo y las llaman falcatas.

Suelen tener buenas plantaciones de trigo y abundan las ovejas. El grano lo guardan en silos y el ganado lo tienen al aire libre. Sin peligro de que nadie se lleve nada. Todo es comunitario. Allí no se conoce lo que es robar. Las puertas quedan abiertas y todo aquel viajero al que le alcance la noche siempre dispondrá su hospitalidad. Es también cosa notable que no tienen reyes o magistrados. Los padres de familia se reúnen cuando algo importante ocurre para tomar las decisiones oportunas.

En tiempos de guerra, cuando mueren los soldados, se los expone en un ara para que se los coman los buitres, así su alma se elevará al cielo con sus dioses. Luego, sus restos se queman y sepultan. En época de paz, incineran a sus muertos entre sentidas ceremonias, meten sus cenizas en una vasija bajo tierra junto a su ajuar y los entierran en la necrópolis; señalando el lugar con una piedra hincada.

La cría del caballo y su doma, es otro trabajo predilecto de los autrigones. Les viene bien para recorrer su territorio sumamente frío y algo montuoso. También poseen bosques donde se cría caza abundante.

Segisamunculum está en la margen de un río que ellos llaman Tirón. Existen dos puentes sobre sendos arroyos contruidos con sillería. Por su término discurre la calzada que lleva el oro de las minas del Noroeste hacia Roma. El pueblo está en un alto y en su día estuvo fortificado. Hasta hay restos de lo que pudo ser un castillete, con sus muros de piedra, pues en lo antiguo había temor y precaución a sus vecinos los cántabros. Por su parte Virovesca es la capital de los Autrigones y está situada junto al río Oca es la mayor población y la constituyen casas señoriales.

Allí pasé los años más felices de mi vida. Gracias a mi amigo Sekio que era oriundo del lugar, fui invitado a bodas. Me unguí con su aceite sagrado antes de ejercitar la lucha gimnástica. Asistí a grandes banquetes como tributo a su gran divinidad. Bailé danzas que precisan de una gran agilidad en las piernas y que las celebran en rueda y al son de flautas. Bebí de su vino y cerveza. Comí pan de un refinado trigo, y carne de cabra guisada con manteca y especias. Pero será difícil olvidar la historia que me hizo abandonar aquella tierra, y sobre todo, la imagen que de ella me quedó.

Aquel era día de gran fiesta. Se habían recolectado las cosechas y, se iban a dar las gracias a los dioses en el templo situado en Carraquinea. Para ello vendría gente de todos los pueblos cercanos.

Atia es la muchacha más bella de Virovesca. Se ha bañado entera. Ha hecho con su pelo negro habilidades de trenzas y rizos. Se ha mirado despacio a su espejo de bronce, y no tiene que pintarse, porque el blanquete es suciedad para su piel y, carmín no lo hay tan fino como el de sus mejillas y labios; se calza pulcramente. Desnuda como está ensaya unos pasos de baile. Ondula despacio todo su cuerpo castañeando los dedos al compás. Está alegre. Respira hondo y luego canta mientras derrama del ungüentario varias gotas sobre su cuerpo y cuello. Se pone una túnica ajustada de lino. Se mete por los brazos desnudos unas espirales de plata que fueron de su abuela. Se coloca pendientes y collares y por último, sacude el manto fino de púrpura; en airoso revoleo se lo echa encima, cubriéndola de pies a cabeza; y, como es angosto, necesita de ambas manos para sujetarlo, en forma que la tape toda por delante, no sin marcar de arriba abajo el perfil de su cuerpo; que en esto de rebujarse ceñido está el punto de la elegancia de aquellas mujeres.

En Virovesca, amanecía una brillante y azul mañana. La brisa acariciaba las ramas de los árboles y, una fresca fragancia de lavanda e hinojo se esparcía por el aire. Sus habitantes igualmente irían a Carraquinea para dar gracias por las cosechas. Pero Sekio, un joven muchacho del lugar, estaba serio y preocupado. Sekio amaba a Atia, y Atia amaba a Sekio; los dos se querían tanto que no podían imaginar estar separados ni un solo instante. Sekio era un joven apuesto. Era fuerte como Hércules, Ágil como Apolo. Sabía sentir noblemente el influjo de la vida. Más le impedía gozar de ella su inmenso dolor. Y es que el padre de Atia no lo quería como yerno. En la lista de los

pretendientes a la mano de su hija, Sekio ocupaba un ínfimo lugar. Era pobre, no poseía tierras ni ganado. Sólo era un herrero. ¿Cómo podía siquiera pensar en casarse con la muchacha más bella de la comunidad? –se preguntaba-

Sekio no encontraba otra forma de hacer fortuna. Con su fuerza podría ser soldado y alcanzar fama y riqueza, pero odiaba a los romanos y a la “pax romana”. Paz, que le había hecho perder a toda la familia y sus tierras, por no pensar como ellos; infringiéndole un vacío sólo consolado por la presencia de su amada. A los romanos los conocía bien. Desde niño ya se hablaba en su casa de ellos con temerosa precisión. Sus guerreros en formación, calladitos y obedientes, arrasaban con todo. Sus tretas para engatusar y aliarse con los pueblos vecinos eran muy conocidas en Hispania. Y la codicia de sus pretores inigualable.

Aquel señalado día los amantes se habían citado en una arboleda de los alrededores del templo. Sekio divisó mientras se acercaba a Carraquinea a los buitres que revoloteaban sobre el oratorio trazando enormes círculos. Iba recordando las veces que ambos pisaron muy juntos la pradera del solemne edificio. Su idilio nació cuando apenas tenían huso de razón. Desde niños juntaron sus manos, oyeron latir sus pechos mientras se escondían juntos en los juegos, danzaron junto a los mayores ante el fuego rojo de la hoguera y blanco del plenilunio.

También recordó aquel funesto día en que el centurión borracho tuvo el incidente con su padre. De nada sirvieron los ruegos de los sabios ancianos del

lugar. La paz romana se aplicó con todas sus funestas consecuencias. Sus tierras le fueron arrebatadas y su familia enviada a Roma como esclavos. Sólo quedó él en Segisamúnculum, el más pequeño, como escarnio para los demás. Le acogió la familia del herrero, y fue creciendo entre martillazos hasta hacerse el joven fuerte y apuesto en que se había convertido.

El santuario de Carraquinea, es un edificio construido por los romanos y entregado a los autrigones como regalo de buena voluntad. De planta rectangular, tiene un pórtico con columnas de alabastro. Está pintado en su interior a trechos de azul y rojo entre perfiles negros. En el centro está el ara, donde se queman aromas, se hacen libaciones y sacrificios. A cada lado hay edículos de mármol con columnas jónicas en sus pórticos. En su interior reposan un buen número de estatuillas de oro y plata, más otras que son de hierro, bronce y barro. Son exvotos, por los beneficios recibidos especialmente de las divinidades.

Es una gran fiesta la de hoy en los alrededores del santuario. Sekio pasea a la espera de la cita con el ser amado entre los puestos del mercado que se celebra una vez al año con motivo de la efusión religiosa. Allí comprueba como tipos exóticos de aguileña nariz y reluciente pelo, presentan, collares de vidrio esmaltado y anforillas egipcias, vasos corintios con pinturas rojizas, figurillas de porcelana azul de Camiros, bronces chipriotas, peines y cajitas de marfil con grabados, amuletos de pasta vítrea, espejos bruñidos y muchas cosas más que causan el asombro de los lugareños. Y, que los mercaderes cambiarán por la forja, el trigo, los caballos, y el buen vino de los autrigones.

Una vez recorridos los puestos de los extranjeros que están desde el día anterior, ayuda a su padre adoptivo a montar el suyo. Falcatas corvas con revuelto mango de bronce e incrustaciones de plata, lanzas de aguzado hierro y largo regatón, puñales triangulares con botones por remate de su empuñadura, venablos, cuchillos para rasurarse el rostro, montones de puntas de flecha, objetos de bronce con cinceladuras que son broches de cinturón, fíbulas variadas, agujas, cucharillas, discos, braserillos. En fin, todo aquello que da tanta fama a los herreros autrigones.

Atia y Sekio se encontraron en el lugar acordado. La noche se alumbraba por las hogueras y un intenso plenilunio. Las gentes, hartas de comer y beber en la fiesta, descansaban y veían danzar a los más resistentes. Las amigas de Atia se apartaron para que estuvieran solos y vigilar. Atia ya no estaba feliz. Su padre le había comunicado durante la fiesta que la iba a casar con el hijo de un acaudalado mercader.

Adderbaal se llamaba el marido acordado. Joven osado, fullero, emprendedor y ladino, se había presentado disfrazado en el mercado de Carraquinea para conocer a su prometida Atia. Al verla, juró por Melcart, por Astoret, como si dijéramos por Hércules y por Venus, que jamás había visto criatura más linda y salada. Con discreción y recato estuvo siguiéndola todo el día. Y al final, enfurecido, contempló como Atia y Sekio se abrazaban y besaban en la espesura de la arboleda.

Desairado, Adderbaal formó un plan diabólico. La raptaría y se ahorraría pagar dote alguna. Se reunió con rapidez con los hombres más ágiles y devotos de su escolta regresando con rapidez a la arboleda. Los amantes se estaban despidiendo. No querían que el padre de Atia la echara en falta. Sekio se fue por un lado y Atia y sus amigas por otro.

Adderbaal y sus hombres surgieron de improviso por donde regresaban las muchachas. Se apoderaron de Atia a pesar de los gritos, que pronto terminaron en desmayo por el susto. En aquella disposición bella e interesante como una Venus, se la llevaron a un carro y emprendieron la huida.

Las amigas que acompañaban a Atia, alarmaron entre sollozos, susto y llanto a todos. Rápidamente comenzó su búsqueda. Sin hacer caso a las descripciones de los rasgos físicos de los raptores. El padre culpó a Sekio del rapto. El infeliz amante supo por sus amigos toda la enormidad de su infortunio. Tenía que escapar y además buscar a su amada.

Días después, quizás por el destino que los dioses nos tienen asignado, fui testigo del encuentro entre Sekio y Adderbaal. Ocurrió siete milarios más allá de Virovesca. Ellos iban como mercaderes que eran sin levantar sospecha, pero con la muchacha narcotizada y envuelta en un tapiz. Sekio me acompañaba a mí, porque como amigo suyo que yo era, le aconsejé que se hiciera pasar por mi ayudante, ya que convenientemente disfrazado, con quién más seguro estaba era entre los romanos.

Fue el cabello saliendo fuera del tapiz lo que delató a los mercaderes. Sekio lo conocía bien. Sin más preámbulos, raudo tomó el tapiz, lo desenrolló, y

apareció Atia. Fue rápido con la espada, no tuvo problemas para ensartar a cuatro esbirros, pero en el fragor de la lucha no se dio cuenta de que Adderbaal, espada en mano, levantó el brazo de Atia que estaba en el suelo y de un mandoble lo cortó. Acto seguido hizo lo mismo con el otro, para después, a galope tendido, escapar con un brioso caballo.

Sekio fue preso. Las malas influencias de su familia pesaron sobre la justicia romana que solicitó su pena de muerte. A la bella Atia se le infectaron sus heridas. La gangrena ocupó su cuerpo y murió con rapidez.

Usé de mis influencias ante el pretor romano para que se investigara bien el caso y retardar la inevitable muerte de mi amigo. Rescaté una noche a Sekio con arduo trabajo, porque quería morir como ella. Pero puede que por mis plegarias a Júpiter, el caso es que logré embarcarlo en Tarraco y, tras una azarosa travesía, recalamos en Milo, mi tierra.

Aquí, en la ciudad de Milo, yo ya soy viejo. Miles de veces la clepsidra se vació, y acompañaron a sus gotas isócronas los golpes constantes de un cincel que trabaja. Sekio aprendió a esculpir. Y el herrero autrigón, se convirtió en un ágil artista que arrancaba del bloque de mármol bellezas y nobles con áureos rasgos de exquisita filigrana.

Pero quiere Sekio lograr lo imposible, robar a la piedra su alma oculta para cifrar en ella la belleza de otra alma. Intenta esculpir con desnudo a su amada. Pone así en su figura toda la beldad que admiran sus cansados ojos, todo el ardor de su sueño, todo el dolor de su desdicha. Y a golpe del cincel envejece

su faz, mientras, ella se muestra cual Diosa, etérea, inasequible. Transcurrieron así muchos años, en el que él representaba en el mármol la serenidad helénica y la belleza autrigona. Mezclado todo con la hiel de lo imposible. Con la sal de los recuerdos amargos, de la esperanza frustrada.

Al fin logró representarla. Y uno tras otro, en los plenilunios, como memoria de la Iberia autrigona, de las recónditas praderas de Virovesca, retocaba su pelo, bruñía su imagen, acariciaba sus senos. Hasta que una noche ya nada se oye. A la estatua caída se le han roto los brazos. Como en aquel aciago día en que el malvado Addelbaar se los segó. A su lado yace inerte Sekio. Alumbrando la escena, el sol del amanecer reverencia a la hermosa Diosa esculpida. En el futuro la asociaran con Venus, y se la conocerá como la Venus de Milo. Pero es Atia, la autrigona de Virovesca que se reunió con su amor en un bello amanecer de la ciudad griega de Milo.